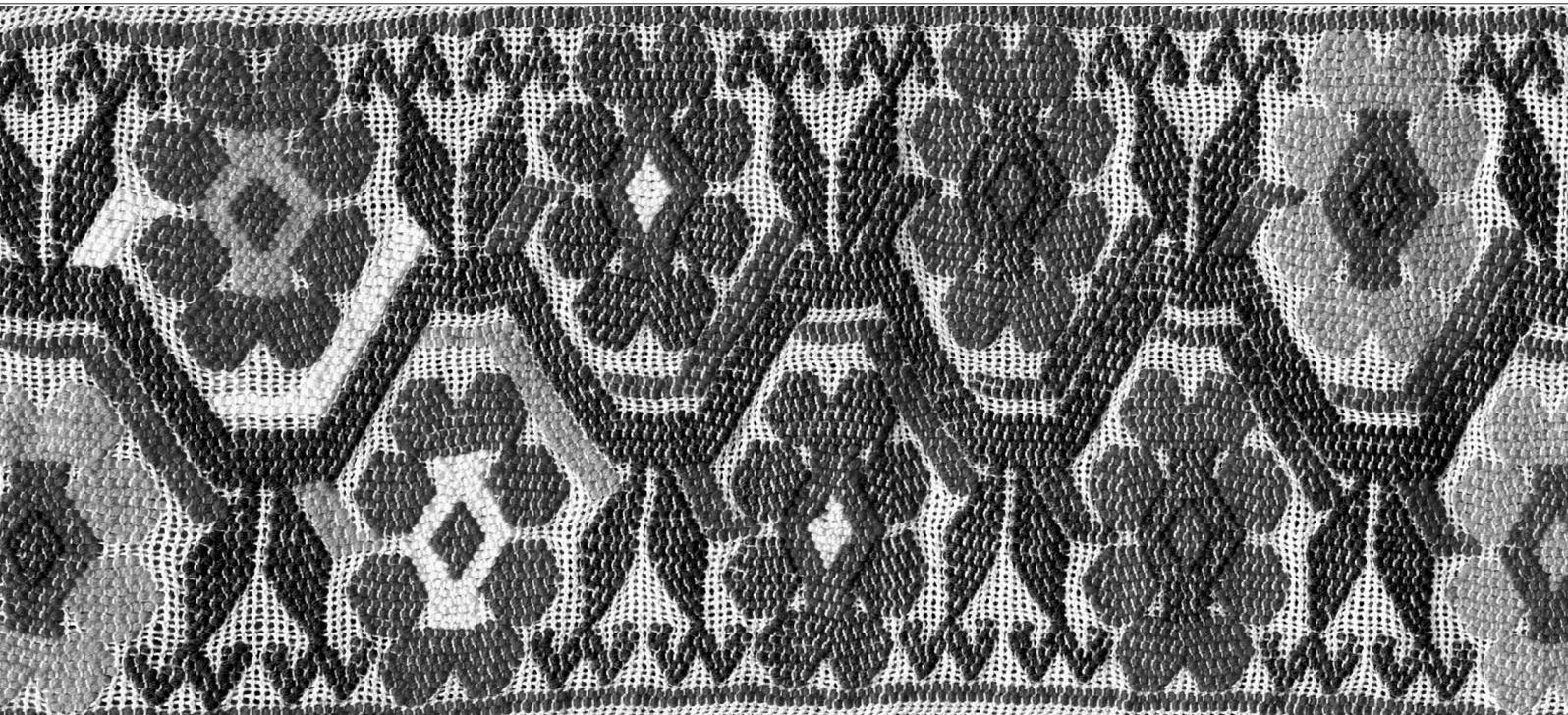


ANALES DE ANTROPOLOGÍA

Volumen 52-I

Enero-junio 2018



eISSN 2448-6221





ANALES DE ANTROPOLOGÍA



Anales de Antropología 52-1 (2018): 197-198

www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia

Reseña

CATHARINE GOOD Eshelman y DOMINIQUE Raby (Eds.), *Múltiples formas de ser nahuas. Miradas antropológicas hacia representaciones, conceptos y prácticas*, Zamora: El Colegio de Michoacán, 2015, 390 págs.

Este libro colectivo tiene como propósito exponer las representaciones y concepciones del mundo que tienen los grupos nahuas contemporáneos, así como las distintas estrategias que generan para seguir como tales. La obra reúne a 13 autores, antropólogos y etnohistoriadores, así como a miembros del Taller de Tradición Oral (para el capítulo escrito conjuntamente con Pierre Beaucage). Sus textos, resultado de un simposio llevado en 2009 sobre representaciones, conceptos y prácticas entre grupos nahuas en un mundo globalizado, abarcan varios estudios de caso realizados en sociedades nahuas de los estados mexicanos de Guerrero, Hidalgo, México, Puebla y Veracruz. Para entender los ejes de la creación y la innovación cultural entre estos grupos, los autores buscaron entender “¿cómo ciertos conceptos facilitan continuidades y guían las transformaciones sociales que permiten que los nahuas enfrenten las condiciones cambiantes como grupo cultural diferenciado?” (p. 12).

En la introducción, muy pertinente para dar una coherencia al conjunto, Catharine Good Eshelman –una de las dos editoras de este libro– subraya la importancia de la etnografía como punto de partida para entender teorías nativas sobre temas antropológicos clásicos como son, por ejemplo, el parentesco, las unidades domésticas y el trabajo agrícola –teorías aptas para proponer otro tipo de acercamiento conceptual a estos temas.

La obra se organiza en tres partes, cada una con cuatro capítulos, que se presentan a continuación. La primera, “Nuestra carne, el maíz. Cosmovisión, cuerpo, salud”, trata de las nociones nahuas del cuerpo. Danièle Dehouve describe un ritual de bienvenida a la mazorca, en Guerrero, en el cual la representación antropomórfica de la caña de maíz, que corresponde al cuerpo humano, se revela a través de la articulación entre metáforas y me-

tonimias en una oración ritual que expresa la coesencia entre humanos y naturaleza. En este mismo orden de ideas, Lourdes Báez Cubero muestra, con un caso poblano, cómo las concepciones del cuerpo se extienden a la manera en que se considera el entorno natural y cómo los rituales se organizan a partir de estas nociones inclusivas para asegurar la reproducción humana. Jair Díaz Hurtado, en un medio nahua hidalguense y Jocelyne Tousignant, en un medio nahua poblano, abarcan la cuestión de las prácticas curativas y su articulación con la cosmovisión local y con las políticas institucionales, como una forma radicalmente distinta a las prácticas y nociones que prevalecen dentro de la biomedicina.

La segunda parte del libro, “Trabajando y viviendo juntos. Familia, género, emociones”, trata de las relaciones entre los individuos dentro de los grupos domésticos nahuas, analizándolas por medio de la noción local de trabajo, central en el pensamiento nahua. Catharine Good Eshelman, quien ha examinado este tema desde tiempo atrás con material etnográfico proveniente del estado de Guerrero, presenta en su texto un análisis integral de sus hallazgos, relacionando el principio de “trabajar como uno” con el “amor y respeto”, garantes y base del desarrollo humano y de las relaciones sociales entre humanos y entre éstos y los demás seres existentes. La autora sugiere que esta teoría nahua de las relaciones domésticas cuestiona categorías convencionales de la disciplina antropológica acerca de la familia, el parentesco y la persona social. También Aline Hémond analiza esta noción integral del trabajo en torno a las concepciones del trabajo artístico-artesanal en la región del Alto Balsas, Guerrero. Este trabajo específico, destinado a un mercado exterior, necesita combinar destreza con esfuerzo intelectual para dibujar o preparar las pinturas. Compara el vocabulario local según el género con el del trabajo en el campo y con el de la preparación de la comida, ambos considerados como la base material e identitaria de su existencia. James Taggart, con datos recopilados en la sierra norte de Puebla, contribuye al entendimiento de la

noción de trabajo a través del afecto que surge del trabajo compartido, dándoles a ambos términos una dimensión intrínsecamente diádica. En el último capítulo de esta parte, Dominique Raby analiza las relaciones domésticas en un grupo del Alto Balsas de Guerrero, a partir de la noción de masculinidad en relación con las representaciones, la sociedad nacional y el hombre indígena. Resalta el uso diferenciado del término “machismo” de acuerdo con el entendimiento externo o interno, este último estrechamente ligado al papel social de cada uno según su género dentro de las unidades domésticas.

La tercera y última parte del libro, “El triunfo del tlacuache. Tradición, resistencia, política” relaciona procesos históricos, movimientos políticos y expresiones de la etnicidad nahua. En la sierra norte de Puebla, Pierre Beaucage e integrantes del Taller de Tradición Oral presentan, a través un relato inicial que opone al tlacuache (asociado con lo indígena) y al coyote (asociado con lo mestizo), otras narraciones que hacen vislumbrar los acontecimientos históricos regionales y las tensiones interétnicas. Rafael Nava Vite analiza la lucha agraria en la Huasteca hidalguense durante la década de 1970 y cómo la fuerte organización comunitaria, expresada en el trabajo colectivo y recíproco, así como la vida ceremonial, permitieron enfrentar la explotación y opresión de los grandes ganaderos y terratenientes. Así la recuperación de la tierra revitalizó finalmente los ritos agrícolas asociados con el maíz, base de la identidad nahua regional. Los ritos siguen actuando como foco identitario aunque ya no están ligados al ciclo agrícola. Así, en la sierra baja de Veracruz, Claudia Morales Carbajal y Carlos Alberto Casas Mendoza analizan los procesos de patrimonialización en una sociedad que dejó de hablar el náhuatl y donde la agricultura ya no es el medio de sustento central. En este caso la identidad nahua se apega a un ritual reactivado aunque ya no está relacionado con el trabajo en el campo y se ubica más bien en el contexto de cambio de imagen del indígena dentro de la sociedad nacional. En el Estado de México, Soledad González Montes describe un conjunto de danzas-teatro que se realizan durante las fiestas del pueblo y que narran los tiempos de la hacienda y de la explotación burlándose de los patrones en lengua náhuatl, la cual ya no habla cotidianamente.

El libro termina con un capítulo de reflexiones finales redactado por Dominique Raby —la segunda editora del libro—, quien retoma los aportes de cada contribución y les da una dimensión más transversal y más anclada en cuestionamientos de la disciplina antropológica, aspectos que faltaban en la mayoría de los textos. Los textos, ya tomados como un conjunto, contribuyen por su mirada etnográfica fina a enriquecer, desde una perspectiva *emic*, cuestiones relacionadas con el género, las emociones y las políticas de reconocimiento.

A pesar de la riqueza etnográfica de cada uno de estos textos, muchas contribuciones son estudios de caso muy localizados, mientras pocas intentaron anclar sus hallazgos en debates más amplios. Por lo demás, si los autores tratan de entender las posiciones étnico-culturales de los miembros de los grupos nahuas estudiados dentro de la sociedad nacional y el mundo globalizado, muchas veces se omite en los textos matizar esta oposición. Así, lo “occidental” (o a veces el “nosotros”) nunca se define realmente aunque siempre se posiciona en este libro como antitético a lo “nahua”. Si para entender este segundo término se aportaron en los diferentes capítulos varios y valiosos datos etnográficos de primera mano, el primer término quedó muy vago, lo que debilita finalmente la argumentación. Por ejemplo, si, como lo afirman muchos autores de este libro, entre los nahuas los seres humanos se conciben como relacionales e interdependientes, no se puede afirmar sin discutirlo que en las sociedades “occidentales” los individuos sean considerados como seres autónomos desprovistos de relaciones sociales interdependientes. Esta cuestión de los valores supuestamente opuestos merece ser explícitamente expuesta y argumentada, ya que es precisamente la tensión entre ellas, la que da la inteligibilidad a las prácticas descritas. Asimismo, se puede uno preguntar si acaso muchas de las características que se atribuye a los miembros de los grupos nahuas estudiados en este libro no serían compartidas, con variantes, también por otros medios indígenas. Pero tal vez esta cuestión ya sería un tema para otro libro.

Como ya se ha mencionado, y vale la pena recordarlo por ser un esfuerzo intelectual muy oportuno que raramente se hace, este libro posee dos sólidos capítulos temáticamente y conceptualmente hablando, uno introductorio y otro concluyente. Asimismo, otro hecho raro y encomiable: la obra está dotada al final de índices analítico, onomástico y toponímico, así como de las siglas empleadas e ilustraciones presentadas a lo largo de la obra. También hubiera sido útil un mapa general de México que indicara la relación de los estudios de caso presentados, así como datos demográficos para conocer la importancia de la presencia de las poblaciones nahuas en cada estado donde se llevaron las investigaciones expuestas. No obstante, la introducción, los textos y el capítulo conclusivo, así como estas herramientas de trabajo, contribuyen en su conjunto a presentar a los lectores especializados e interesados por la situación de pueblos autóctonos contemporáneos, una antología actualizada y muy sugerente sobre los grupos de cultura nahua de este inicio del siglo XXI.

Anath Ariel de Vidas
CNRS, Francia

Correo electrónico: anath.ariel-de-vidas@ehess.fr